

prólogo

Ralph Waldo Emerson vino al mundo en un lugar, Nueva Inglaterra, y en una época, los albores del ochocientos, muy necesitados de lo que acabó siendo su incontestable magisterio. Estados Unidos en la primera mitad del siglo XIX, un país recién formado, contaba ya con su más o menos surtida nómina de políticos y héroes, personalidades religiosas y dirigentes militares, incluso hombres de ciencia; hombres que, en ocasiones, cubrían más de uno de estos perfiles: George Washington, David Crockett, Benjamin Franklin. Pero carecía aún de un verdadero padre intelectual, alguien que, sin negar lo más granado de la tradición de Occidente y Oriente, recuperándolo con acento autóctono, pudiera sentar las bases para una identidad vernácula. Ese hombre fue Emerson: un estadounidense consciente de que su llamado estaba en las letras, no en las armas; un hombre que se sabía, no de acción, sino de contemplación; lejos del frente y la frontera, dedicado por entero a mirar al mundo para revelarlo. Y con toda seguridad, esa especialización disciplinaria ayudó a hacer más influyente su figura. Los contornos se reforzaron en su personalidad, y el país ya podía permitirse una mente excelsa y entregada en exclusiva al cultivo del pensamiento. ¿Podía? Más bien lo necesitaba, a juzgar por la

popularidad del hombre en vida: casi toda la obra ensayística de Emerson fue escrita con el fin específico de ser pronunciada, no ante universitarios o académicos, sino delante de ciudadanos de clase trabajadora que buscaban mejorar su formación en el salón de conferencias.

Nueva Inglaterra fue ese centro o núcleo irradiador en el que nació nuestro ensayista, con las manos libres, tiempo para pensar, y un entorno que prácticamente se había estado preparando durante decenios para recibirlo. Sin embargo, la obra de Emerson supuso un rechazo de la tradición religiosa que le había amamantado, y se puede leer como un borrón y cuenta nueva con respecto al viento fundador que trajo el Mayflower hasta las costas de Maine. O como su única evolución posible. Porque estaba escrito que el proyecto regeneracionista de los padres fundadores sólo podía cuajar intelectualmente en suelo americano mediante un giro de tuerca más, una radicalización que le quitó ese pelo de la dehesa atlántico y le hizo conjugable de verdad con un mundo virgen. Como prueba de la relevancia que tuvo esta búsqueda de las esencias promovida desde dentro de la religiosidad protestante, depurada hasta el extremo en lo que acabó conociéndose como trascendentalismo, piénsese en la reacción que genera a finales del siglo XIX y en los primeros años del XX: el movimiento de los *Fundamentals*, una serie de panfletos que distribuye la *American Bible League* en un intento de volver a lo más ortodoxo y cerril de cierto calvinismo. Frente a Emerson y su legado de religiosidad ágrafa, o, más bien circunscrita a la literalidad de la naturaleza, los fundamentalistas promovieron una vuelta

a la verdad infalible de la letra tal y como aparece en la Biblia. Y ahí beben, hasta el delirio y la alucinación, las corrientes neoconservadoras, mesiánicas y apocalípticas, que tanto han influido en la política estadounidense de estos últimos años, y con tan nefastas consecuencias.

Antes, en 1803, dentro del seno mismo de la Iglesia Unitaria, vino al mundo este niño de ojos vivaces. Un bebé capaz de rastrear la línea de sus ancestros hasta los primeros tripulantes de un barco que cambió el curso de la historia. Aunque fueron las mujeres de su entorno, esa influencia sigilosa pero ineludible en tantos grandes varones y momentos, las que desviaron el curso de una mente lúcida llamada a consolidar institucionalmente la comunidad que lo acogió. Y es que sin el contrapeso de fervor religioso, ecléctico e individualista, que supuso su madre frente a un padre ortodoxo muerto tempranamente; sin la proximidad de su tía, Mary Moody Emerson, pletórica de un romanticismo que no se sujetaba a lo libresco, muy posiblemente Ralph Waldo nunca hubiera evolucionado hasta tomar la decisión drástica de abandonar su congregación religiosa. Y fue precisamente el ejemplo de autenticidad espiritual de ambas mujeres lo que acabó por alejarle, muy a pesar de ellas, del camino eclesiástico. Llegó a ordenarse, no obstante, como sacerdote, pero tras la muerte prematura de su primera esposa, la crisis de confianza en la ortodoxia se agudizó hasta abocar a Emerson al abandono definitivo de todo compromiso con su Iglesia. Se embarca entonces en un primer viaje a Europa, entre 1832 y 1833, y vuelve confirmado en el propósito de dedicación a la escritura: el formato del sermón

daría paso así al del ensayo; vía el estadio intermedio, a pie de obra, por así decir, que constituye la conferencia.

Ya en el continente europeo, fue curiosamente una mirada cultural sobre la naturaleza lo que abrió los ojos a quien luego defendería la identidad de lo natural en estado, si no puro, sí al menos prístino, *transparente*: la exposición de diversos especímenes de animales y plantas en el parisino Jardin des Plantes le dio la clave de la interconexión existente entre todos los habitantes del reino natural, incluido el hombre. El mundo era, y en esto se incluía también a quien lo miraba y definía, un todo orgánico. Así nació el germen de *La naturaleza*, y la carrera literaria de quien puede ser considerado el primer gran escritor estadounidense.

«LA NATURALEZA»

Ya en el barco que le traía de vuelta desde Inglaterra, Emerson tiene clara su intención de escribir un libro sobre la naturaleza. Las notas que había tomado en París hablan de una multiplicidad de formas que se repiten en todo lo allí expuesto: el flamenco, cuyo cuello recuerda a una serpiente; el tucán, parecido al rinoceronte; o un buitre al que llega a comparar con un verdugo, incluyendo en este baile de disfraces de lo natural también al hombre; un caudal proteico que en su poesía cuajará en la esfinge. Emerson está echando mano, sin saberlo aún, del concepto de *morfología trascendental*, formulado en dichos términos por Goethe, pero sin duda añejo en la his-